

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 4 de Marzo de 1897

Núm. 328

RECUERDO DE SITGES



Vista de la playa

Sitges es una hermosa y pintoresca villa de la provincia de Barcelona, situada á ocho leguas de esta capital, sobre una suave pendiente de la costa del Mediterráneo. Su clima es templado en todas estaciones, y tan sano, que aun las enfermedades epidémicas degeneran de modo que apenas dejan sentir sus rigores. El aspecto de la villa es bellísimo; todas las casas están blanqueadas como el ampo de la nieve, las calles son limpias y alegres. Las montañas forman allí un verdadero anfiteatro. Las costas son muy fragosas, secas, sin arbolado y muy altas; tienen en sus concavidades diez calas, capaces algunas de ellas de abrigar, como efectivamente abrigaron en su tiempo, galeras y galeotas de moros. Una de estas calas forma el puerto de Sitges, el cual está habilitado para el comercio de cabotaje, y su fondeadero es de los mejores que hay en las costas de Cataluña. La campiña, aunque de suyo árida, es hermosa por su esmerado cultivo, y produce lo necesario para el consumo, y con especialidad el excelente vino de malvasía, tan celebrado y conocido en toda Europa y América, cuyo plantío requiere muchos gastos en su cultivo y cuidado en la vendimia; la laboriosidad infatigable de aquellos naturales ha transformado en un hermoso vergel de viñas las montañas que antes eran rocas cubiertas de malezas.



Palique

Créame *Gedeón*: debe darle la licencia absoluta á ese maestro *incompleto* que le escribe el *Ojeo* y que pasa por ojo el sentido común, todas las semanas.

Ese demontre de seminarista no sabe leer más que por las *Platiquillas de Aurelio*; es un Menéndez y Pelayo de primeras letras, y parece muy mal en un periódico alegre, intencionado, de *mundo*.

Ahora el tal Calínez se mete con González Serrano (siempre le molestan los pensamientos liberales), y le critica porque dice *opulenta en mitos*. ¿Por qué no ha de poder emplearse el adjetivo opulento en sentido metafórico?

* * *

«Porque en amor, como dicen los Goncourt de la literatura, no se conoce, etc.»

Así dice González Serrano, y pregunta Calínez: ¿Quiénes son los *Goncourt de la literatura*?

¿Pero cree Calínez que Serrano escribe para majaderos?

«Dicen los Goncourt de la literatura», es lo mismo que «los Goncourt dicen de la literatura», con un hipérbaton fácil, sencillo, lícito indudablemente.

¿Ha estudiado gramática Calínez con algunas monjas francesas de esas del Santo Angel?

Aunque nuestras lenguas modernas son analíticas, en ellas, y muy particularmente en castellano, es lícito el hipérbaton cuando no hace obscura la frase. En francés, por culpa de los pedagogos de los últimos siglos, tan justamente censurados en este punto por Taine y Lavissee, hay menos libertad para esta transposición natural y clásica de las palabras; pero nosotros no escribimos en francés.

Calínez cree que Serrano quiso decir: «En amor, como en literatura, según los Goncourt».

Pues no hay tal cosa; porque eso significaría que los Goncourt comparan el amor y la literatura, y no es así.

Lo que quiso decir, lo dijo González Serrano; y en todo caso, si el hipérbaton empleado

no fuera lícito y hubiera ahí verdadera anfibología, que no la hay, se escribiría así: «Como los Goncourt dicen de la literatura».

De modo que Calínez tacha lo que está bien y además la yerra al corregir la plana.

Pero nada de esto es lo más grave; lo más grave es que ese señor N. L. (según mis noticias), que escribe el *Ojeo de Gedeón*, se ha dedicado á maltratar, con burlas y desprecio, á los más ilustres representantes de la poca cultura que tenemos; y se ensaña con los liberales, con los enemigos del *Katipunán* reaccionario y frailuno.

Si ese N. L. estuviera pagado por los obscurantistas, como lo están otros, para difamar á los amigos del progreso, no trabajaría con más ahinco en su obra, que no es de destrucción por lo escaso de sus fuerzas, no por falta de intención dañina.

Para N. L., que se postra como un *fetichista* ante algunos que le han puesto buena cara, son seres ridículos y escritores chirles, y pensadores hueros, hombres como Castelar, Salmerón, Giner, González Serrano, y sólo merecen risa y desdén profesores tan dignos de alabanza por sus esfuerzos, su aplicación y su talento, como Cossío, Buylla, Posada, Unamuno, etc., etc.

La mayor parte de estos señores no tienen por profesión la literatura; se dedican á las ciencias, y escriben, porque es un modo de entenderse. ¿A qué viene, entonces, andar á caza de nimiedades en el lenguaje y estilo de estos profesores, y dejar en paz á tanto poeta, novelista, crítico, etc., que escriben mucho peor?

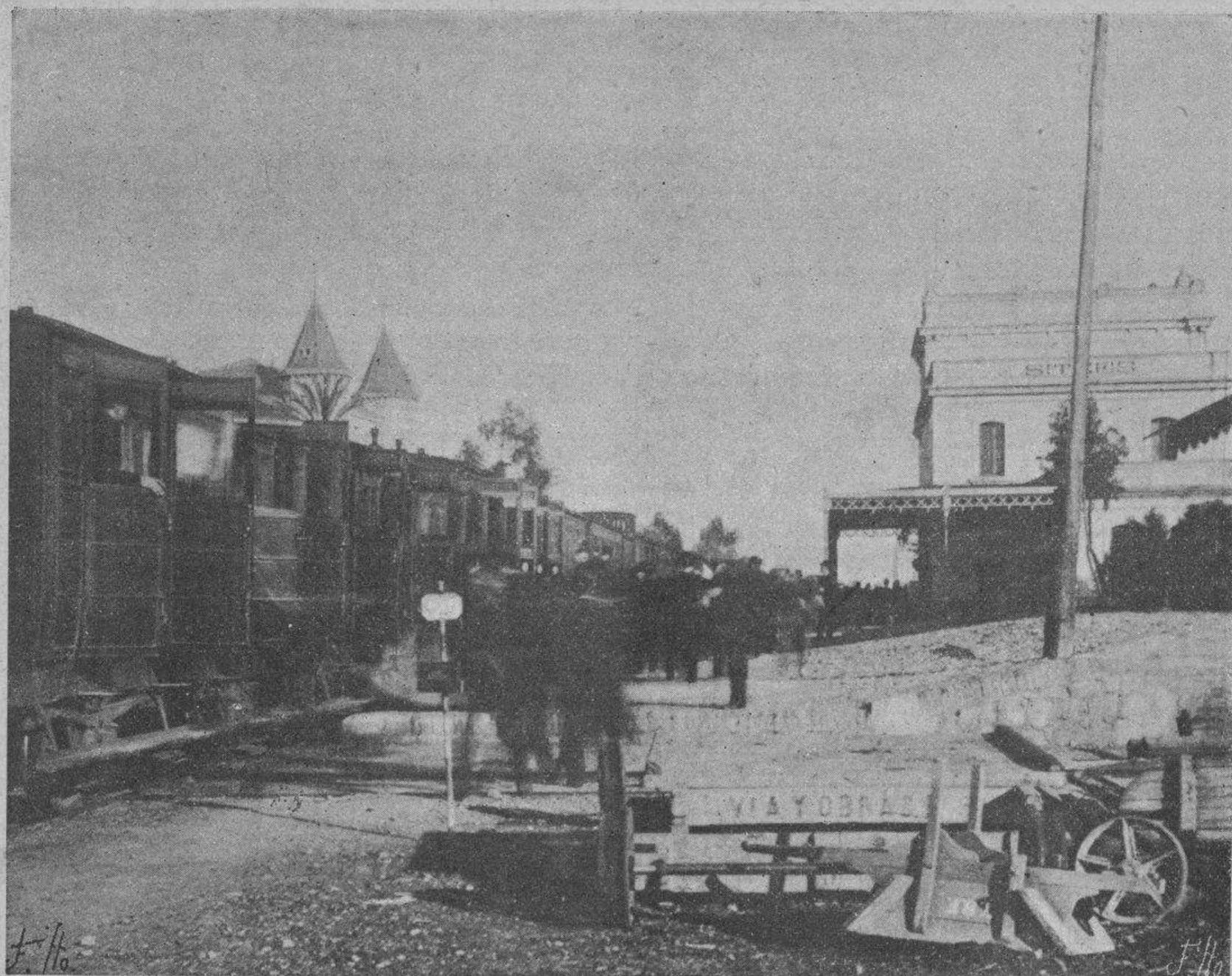
No estará pagado por los frailes, N. L., pero, por lo menos, está muy *pagado de sí mismo*. *Liquidaremos*.

CLARÍN.

RECUERDO DE SITGES



Tomando el sol



Llegada del tren de Barcelona

Un hombre de honor

No recuerdo bien si duraba todavía el primer ministerio de la restauración, presidido por don Antonio Cánovas del Castillo, ó si había empezado á actuar el segundo á cuyo frente estaba don Práxedes Mateo Sagasta, cuando tuve el honor de conocer á don Tancredo Tristán de las Cuevas.

Formaba parte ese ínclito varón de una *peña* de jóvenes que nos reuníamos todas las noches en el antiguo café de Londres, para sorber una taza de inauténtico Moka y discutir animadamente sobre política, religión, literatura, música, sociología y mujeres. Don Tancredo había dejado ya, desde algunos años, de ser joven; pero se empeñaba en parecerlo y nosotros le admitíamos gustosos «en nuestro seno». No sólo gustosos, sí que también ufanos y enorgullecidos en gracia á la notoria superioridad que tenía sobre cuantos allí estábamos. En efecto, el señor de Tristán de las Cuevas había sido en otro tiempo un duelista temible, un hombre de honor que había herido á otros tres ó cuatro ídem y enviado al cementerio á un quinto, coronel nada menos. Tan brillantes hechos de armas le convertían á nuestros ojos en un sér privilegiado, circunstancia de que se aprovechaba él para dejarnos pagar por riguroso turno el gasto que hacía.

Al dar la una, cuando llegaba el momento de abandonar el café, el heroico caballero metía ostensiblemente las manos en el bolsillo del chaleco.

— Deje usted, don Tancredo... ya está... — saltaba invariablemente alguno de los *peñistas*.

— Pero, hombre, ¿por qué ha pagado usted? — decía él con gesto displicente.

Y no insistía más sobre asunto tan baladí. Y todas las noches se repetía lo mismo.

* * *

Podía rayar aquel pundonoroso sujeto en los 45 ó los 48. Era alto, flaco, de tez biliosa y mirada severa. Gastaba bigotes y perilla de un tinte negrísimo; muy puntiaguda esa, muy retorcidos aquéllos. Vestía de negro perennemente: una levita abrochada hasta el cuello, de corte militar y algo raída; sombrero de copa, también perenne y muy ladeado sobre la oreja. Sus dedos huesosos, con mucho vello lucían diez ó doce brillantes. Americanos probablemente.

Hablaba con acento breve, autoritario; pero pocas veces, y únicamente cuando la discusión versaba sobre cosas muy formales, muy transcendentales: el turno de los partidos, por ejemplo. Cuando se dignaba emitir su opinión, le escuchábamos con deferencia, y si nos permitíamos contradecirle, era con muchísima consideración y muchísimo tiento. A pesar de lo cual no nos evitábamos los contradictores ciertas réplicas de un agrio muy pronunciado: *¡No sea usted zoquete!... cuando digo una cosa sé por que la digo, ¿estamos?... para soltar majaderías de esas, mejor sería que usted cerrase el pico...* Y así por el estilo.

* * *

De sus desafíos no hablaba más que de tarde en tardé, cuando le apremiábamos un poco ó cuando había sorbido tres ó cuatro copitas más de las acostumbradas. Entonces se extendía con mal oculta complacencia sobre los detalles, y nosotros le escuchábamos con religiosa atención.

Sobre todo, cuando refería los episodios de aquel famoso lance en que había tenido la desgracia de matar de una estocada al capitán Regnaud, un oficial francés del primer regimiento de zuavos. El duelo tuvo lugar en Argel, en la misma capital, junto á un bosque de palmeras... por un motivo insignificante: un nada, un pisotón que sin querer había dado el capitán á don Tancredo, y por el cual no le había dicho siquiera: *Pardon, monsieur...*

«Nos pusimos en guardia, y á los primeros *tic, tac*, comprendí que me las había con un contrario temible, hábil, que á la menor ocasión y descuido mío me ensartaría como una mariposa. Pero yo soy de aquellos que con el peligro se crecen; cuanto mayor veía el riesgo, mayor era mi serenidad. El capitán tiraba admirablemente, y más de una vez ví la punta de su acero á un centímetro de mi pecho; pero mis quites le desconcertaban. Hacía ya diez minutos que bregábamos, y la partida era igual para ambas partes: no habíamos conseguido desflorarnos siquiera el pellejo. De pronto se tira él á fondo con una rapidez vertiginosa... apenas si tengo tiempo para parar en cuarta; se descubre él un momento y *¡zis!* me tiro yo y oigo un *¡ay!* triste... ¡tan triste!... en fin, un *¡ay!* de agonía. Van los padrinos para sostenerle, pero ya estaba todo concluido...»

Reinaba, al llegar la narración á este punto, un silencio solemne. Don Tancredo se pasaba la mano por la frente, se tragaba una nueva copita de ron, y tras una pausa, proseguía:

«¿Qué quieren ustedes?... las leyes del honor tienen á veces consecuen-

RECUERDO DE SITGES.



Visitando la costa

cias crueles, pero inevitables. Claro está que eso de matar á un hombre es doloroso, pero si no hay otro remedio, ¿qué le vamos á hacer?... La honra ante todo, señores: este es mi principio y de él no me separo por deplorables que sean las consecuencias.»

* * *

Don Tancredo era muy aficionado á jugar al *chapó*, y á cada paso nos decía:
—¡Ea! jóvenes, vamos á hacer una partidita...

Pero nosotros rehuíamos todo lo posible y apelando á toda suerte de pretextos, el honor de jugar con el señor de Tristán de las Cuevas. Teníamos para ello poderosas razones. En primer lugar, Don Tancredo, que gustaba de cobrar puntualmente cuando ganaba, padecía de olvidos lamentables todas las veces que perdía. O bien pagaba sus deudas con estas palabras, pronunciadas con acento muy digno: «Ya arreglaremos eso luego: veo que no tengo suelto.» Y como no lo tenía nunca y luego no se acordaba mas de aquellas pequeñeces, nadie era osado para recordarle un detalle, que hubiese podido herirle en lo más vivo de su quisquillosa susceptibilidad.

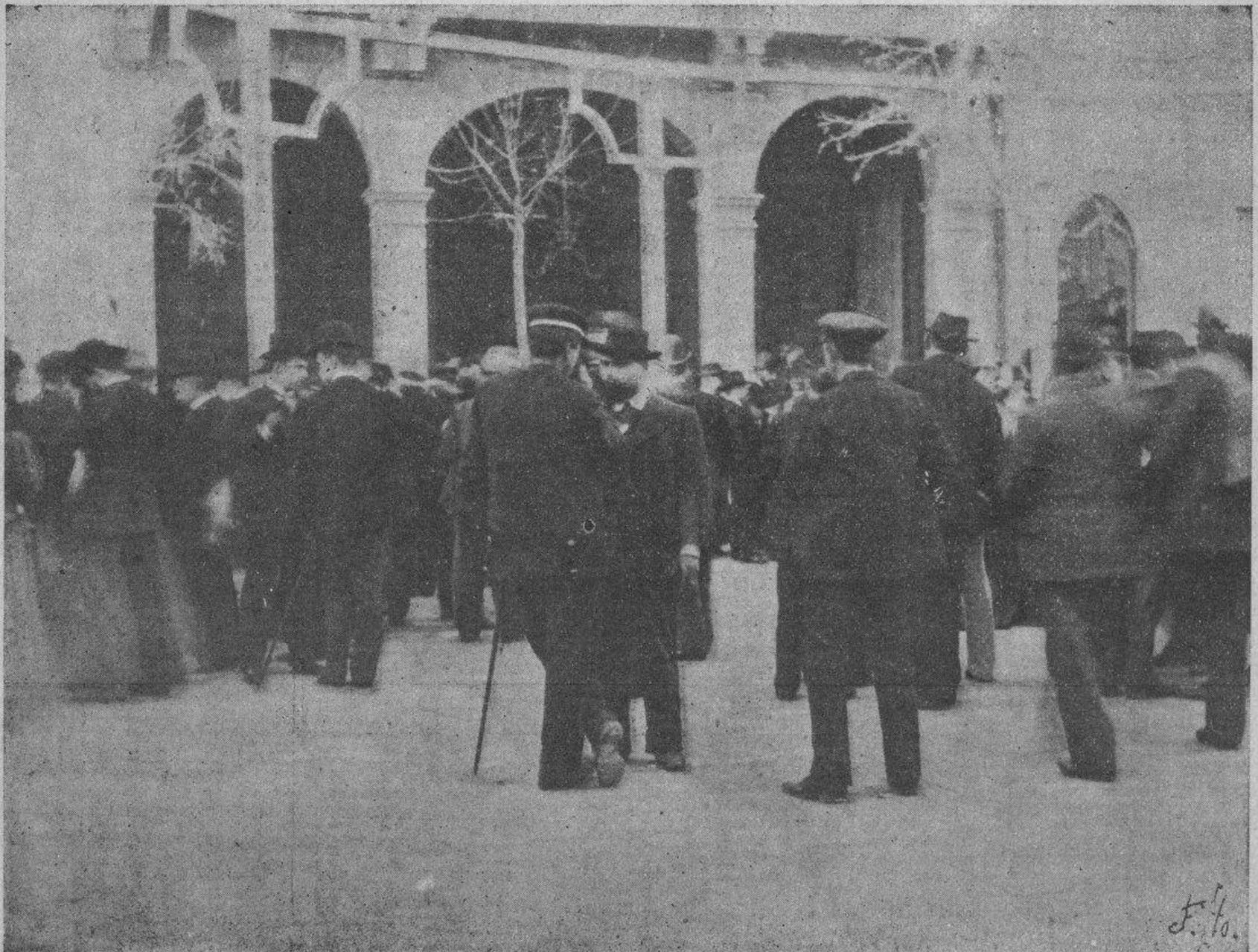
En segundo lugar, nuestro ilustre amigo era bastante maleta en el noble juego del billar, aunque él estuviese persuadido de su destreza. Lo cual le hacía atribuir la victoria de los contrarios á *chambas* escandalosas. En cuanto perdía dos partidas seguidas, poníase hecho una fiera, y de su boca brotaban denuestos, apóstrofes y provocaciones, que hubiésemos debido recoger... á no estar como estábamos, todos achicados delante del terrible caballero.

* * *

Jugaba una tarde don Tancredo, y su rostro empezaba á tomar una expresión fosca, por razones fáciles de comprender, cuando ocurrió uno de los hechos más extraordinarios que he presenciado en mi vida.

Por la puerta del salón de billares asomó un personaje, desconocido de todos los

RECUERDO DE SITGES



Jardín del Prado Suburense. Entrada al teatro

RECUERDO DE SITGES



Pasajeros descendiendo del tren

parroquianos: un hombre de buen talante, vistiendo uniforme militar de rostro simpático y ademán resuelto. Sus ojos lanzaron una mirada escrutadora y se fijaron en don Tancredo: entonces creí ver en los labios del incógnito flotar una sonrisa mefistofélica.

Avanzó lentamente, y fuese hacia el noble Tristán de las Cuevas. Este no le había visto... en aquel momento tenía toda su atención embargada en asegurar una jugada soberbia: palos, carambola y á casa. Después de meticulosa preparación, iba á asestar el tacazo decisivo, cuando le vimos de súbito pegar un brinco que le hizo levantar medio metro del suelo, al tiempo que lanzaba una exclamación de ira y de dolor. El militar acababa de asestarle en las posaderas el más vigoroso puntapié que haya recibido humana criatura.

Volvióse don Tancredo hecho un basilisco; clavó sus chispeantes pupilas sobre su ofensor y... volviendo las espaldas y soltando el taco, escapó como una centella; en el instante de atravesar la puerta alcanzóle, siempre en el mismo punto anatómico, un segundo puntapié, que imprimió á su carrera una velocidad vertiginosa.

Y como el oficial se marchó tranquilamente, sin haber dado explicación ninguna, y al temible duelista no le volvimos á ver el pelo en el café de Londres, todavía es la hora que no he podido explicarme el *quid* ni la esencia de aquel extrañísimo suceso.

JUAN BUSCÓN.



RECUERDO DE SITGES



Los viajeros al salir de la estación

Todo se pierde

Rosa, ¿con qué perdiste
La flor encantadora
Que la noche te dí de tu partida?
Aunque la cosa es triste...
La flor vaya en buen hora,
Si fué sólo la flor, Rosa, perdida;
Mas esto me convida
(Perdona) á que recuerde
Que en el mundo, mi bien, *todo se pierde.*

Todo se pierde, ¡ay triste!
De tu frente, antes pura,
¡Baja, y verás con lágrimas tus ojos!
Ya indócil se resiste
Al corsé tu cintura;
Sube al cuello después, y... ¡ay, qué despojos!
El ver seco da enojos,
Arbol que fué tan verde.
¡Todo se pierde, si, todo se pierde!

De este pecho, tuyo antes,
Perdí un día la llave,
Y cuanto en él guardé, perdí con ella;
Ilusiones amantes,
Toda la villa sabe
Que para tí guardaba, Rosa bella.
Mas, ¡cuán tarde mi estrella
Hizo que al fin recuerde
Que *todo* (¿no es verdad?), *todo se pierde!*

¿Qué fué de tu hermosura?
¿Qué fué de mi terneza?
De la flor que te dí, dime, ¿qué ha sido?
Perdióse la flor pura,
Lo mismo que (¡oh tristeza!)
Mi amor y tu hermosura se han perdido.
En el mundo es sabido
Que, sin que uno se acuerde
¡Todo se pierde! ¡oh Dios! ¡todo se pierde!

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Los Martigues

¡Cómo! ¿No conocen ustedes *Les Martigues* en Francia?

Pues es cabeza de partido municipal en el departamento de las Bocas del Ródano, á 40 kilómetros SO. de Aix, sobre el canal que comunica el estanque de Berre con el mar. Posee sus 7,000 habitantes, y es ciudad compuesta de tres partes que en otro tiempo formaron tres islas diferentes: Saint-Geniez, Ferrières y Jonquières, y que unidas en 1581 dieron á la agrupación el sobrenombre de pequeña Venecia.

Se cree, no sé si con fundamento, porque yo soy poco fuerte en la materia, que antiguamente constituyó la capital de los *Anatalii* con el título de *Colonia Marítima*.

Lo que hay de cierto, si la historia no miente, es que agregada al condado de Provenza en 1382, fué erigida en vizcondado por el rey René, y en principado en favor de María de Luxemburgo, duquesa de Mercœur, por Enrique IV de Béarn; que encierra arsenales de construcción naval, que produce excelente aceite de pasto, ricos vinos, atunes en abundancia y que su capilla de Nuestra Señora del Mar es piadosamente visitada por multitud de romeros.

Hasta aquí paréceme que no ha de andar muy excitado el interés de mis lectores; pero sin duda lo estimulará el saber que Martigues es á Francia lo que á España las Batuecas.

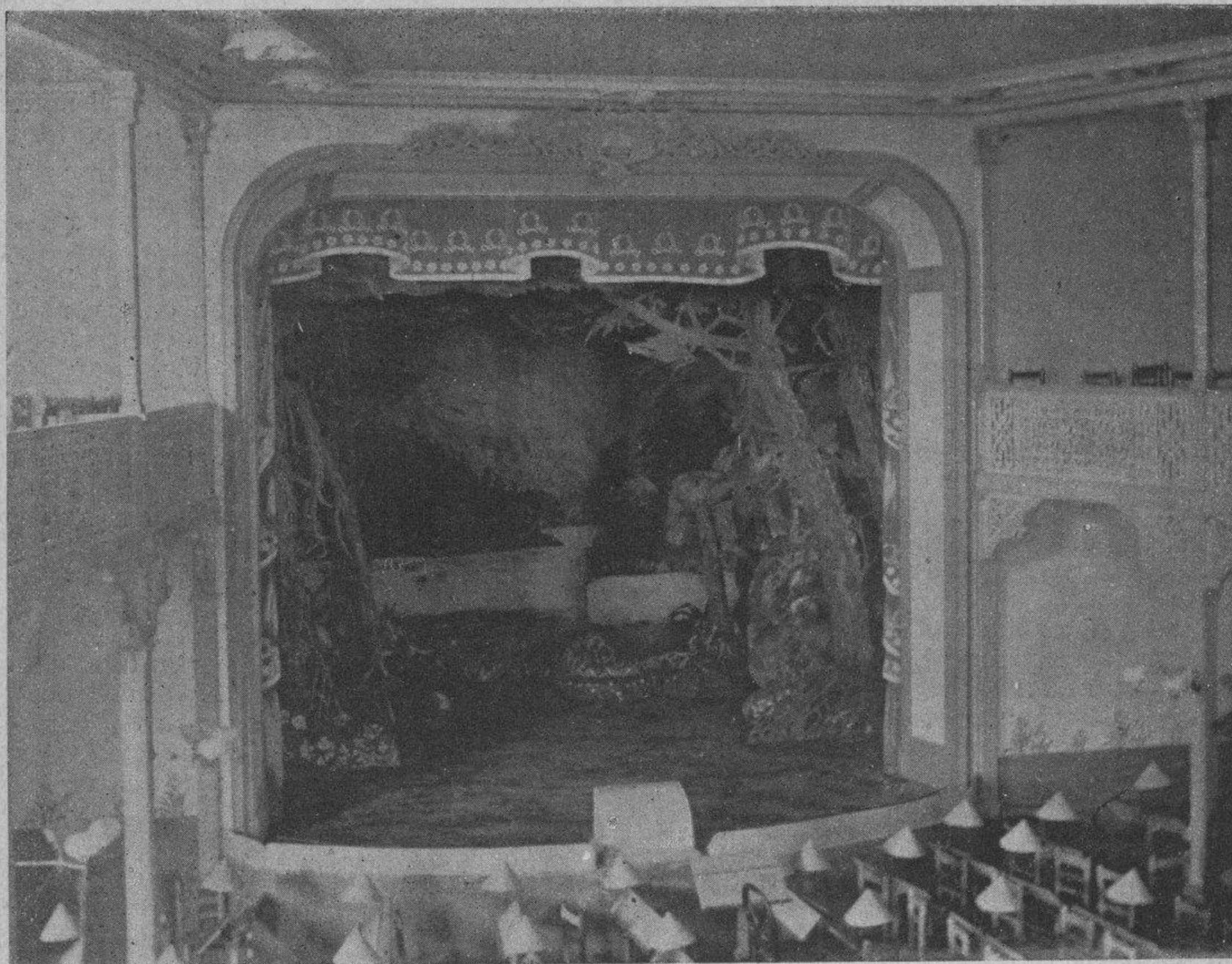
Y por si alguien continuara en el error de suponer que es éste un país imaginario, sepa que el tal valle existe en Extremadura, á 62 kilómetros SO. de Salamanca, y rodeado de tan escarpados y altivos montes, que el sol apenas puede bañar una porción insignificante de su harto exigua zona.

Pues bien: la candidez, la credulidad y la ignorancia que se les atribuye á los batuecos, son tortas y pan pintado en comparación de las anécdotas que sobre sus émulos circulan entre nuestros vecinos de nacionalidad. Porque después de todo, nosotros en nuestras burlas y chanzonetas no pasamos de abstracciones. Todo lo que se sabe de Pero-Grullo es que á la mano cerrada la llamaba puño; de la limpia de Trujillo que lavaba los huevos antes de freirlos, y de Juan Lanás que era un pobre hombre; pero entre los

RECUERDO DE SITGES



Café del «Cau Ferrat»



Teatro del Prado Suburense en donde tuvo lugar el estreno de «La Fada»

franceses no; cada debilidad, cada flaqueza, está personificada en un tipo con nombre, época, localidad y fisonomía propios: Prudhomme, La Palisse, Calino, Jocrisse, Jobard, Cadet-Roussel, Pierrot, tienen su patria, su traje, su edad, su historia, y viven concretamente la vida de la tradición, sin que haya quien los libre del sambenito de la leyenda.

Figúrense ustedes, pues, si esto ocurre con las individualidades, á qué no dará origen una colectividad que, como los Martigues, cae bajo la férula del humorismo transpirenaico. No hay asunto serio que no lleve en sí ribetes de ridículo. Lo mejor que podía hacer el pueblo era cambiar de nombre, por ver si andando los siglos perdía su pista la sátira.

Verdad es que su renombre anda enlazado á tan variadas historietas, que no hay una que no encaje cómicamente en las circunstancias más graves por que atraviere el lugar.

¿Anuncian los periódicos del departamento que una epidemia se ha presentado en los Martigues y que el alcalde ha tomado ya sus precauciones para combatirla? Todos los lectores se echan á reír, recordando á aquel su colega de los tiempos fabulosos, que, al ver á la municipalidad invadida por una plaga de langosta, ordenó que los vecinos se armasen de bocas de fuego y saliesen al campo á exterminarla á tiros. Y efectivamente, como son buenos tiradores, cada balazo le costaba la vida á un insecto. Pero he aquí que en lo más encarnizado de la refriega, uno de los ortópteros se posa en la frente del alcalde, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, nuestro hombre amartilla su pistola, apunta, oprime el gatillo, y cae bañado en sangre sin poder articular más que estas palabras:

—¿Le di?

—No—le contestan los circunstantes viendo volar la *locusta*.—Y tan bien como esa—añadieron por vía de responso—no se nos volverá á poner otra.

El cielo libre á mis lectores de que se les ocurra salir de caza por aquellos andurriales; porque no habrá transeunte que al verle pasar con la escopeta al hombro, no le mire con maliciosa sonrisa y, dando rigidez al índice de su mano derecha, no haga ademán de



Después del baile

barrenar con él alguna cosa, la que puede ocasionarle un disgusto si tiene la sangre caliente y no se amolda á las circunstancias por ignorar la procedencia de tan estrambótica costumbre.

Hela aquí:

Organizóse en cierta ocasión una partida cinegética, á cuyo frente pusieron al que pasaba por el Nemrod de la comarca. El día se pasó en tirar á los pajarillos que revoloteaban por las alturas y en herir (sin querer, por supuesto) á las lavanderas que ejercían su oficio en albercas y manantiales casi subterráneos. ¿A quién no se le va la puntería alguna vez?

A la caída de la tarde los expedicionarios, rendidos de fatiga y hartos de matanza, se dispusieron á regresar á sus hogares; pero el jefe de la banda, á fuer de prudente y experimentado, congregó á la tribu en torno suyo y habló de esta manera:

Señores: La dolorosa experiencia me ha enseñado que en este género de diversiones suele haber siempre desgracias tan inevitables como sensibles. Antes, pues, de llevar la desolación á nuestras familias por falta de celo y precaución, hay que ver si estamos todos los que vinimos. Eramos doce; contemos.

Y el bueno del señor empezó á sumar por la cabeza de la fila, sin que al llegar al extremo le diese la adición más que once individuos.

Una palidez mortal asomó á todos los semblantes.

Repetido el recuento, el resultado no arrojó tampoco la docena.

—Rectifique usted—dijo el capataz confundiendo en el pelotón, y encargando tan ardua tarea á su segundo en jerarquía.

—¡Once!—exclamó consternado el sujeto que era tenedor de libros en una importante casa de comisión.

—¡Once!—balbucearon todos encasquetándose los gorros que se les escapaban con la crispación de los cabellos.

La operación se repitió tantas veces como cazadores había presentes, y todas ellas se terminó por idéntico grito:

—¡Once!

La noche, con sus sombras, volvía más imponente el cuadro. Y lo grave es que nadie sabía quién era el que faltaba.

Una idea luminosa brotó en el cerebro del cabecilla, y fijándose en una pequeña prominencia, que él en la obscuridad tomó por un montoncillo de barro, pero que la tradición no asegura que lo fuese:

—Señores, arguyó, apelemos á un recurso extremo; que cada cual se aproxime á ese montículo y metiendo el dedo en la pella se nombre simultáneamente. De ese modo no hay más que contar los agujeros, y el que resulte de menos corresponderá al apellido que haya dejado de pronunciarse.

Acogida con júbilo la idea, los cazadores fueron llenando por turno su cometido. Abierta por fin la última galería congregáronse todos en torno del oráculo revelador; sonó el chasquido de un fósforo *Toussaint* y...

—¡Doce!—prorrumpieron á coro los excursionistas lanzando al aire sus gorros y abrazándose en el paroxismo de la felicidad.

El error reconocía por causa que al pasar lista el encargado de la operación dejaba siempre de contarse á sí mismo.

Pero estos incidentes no son más que accesorios, ramas del tronco corpulento en que se funda la genealogía de los Martigues, cuyo sarcástico blasón lo constituye una enorme y plateada sardina sobre campo de gules.

¿Queréis conocer el origen de su abolengo? Pues oid por despedida su primera hazaña.

Era tal la credulidad y sencillez de los habitantes de la *Colonia Marítima*, que un tal Martigue (á quien sin duda debió su nombre la pequeña Venecia) decidió pasar un rato divertido á costa de sus paisanos, para ver si los curaba del defecto de candidez.

Al efecto imaginó un viaje á Marsella, si bien no salió de los arrabales del pueblo.

—¡Y bien! ¿Qué tal?—le preguntó un amigo á su fingido regreso.

—Admirable ciudad.

Y allí se despachó á su gusto en hipérboles hasta que lo tuvo bien embaucado. Entonces bajando la voz:

—A nadie más que á tí cuento esto, por si quieres ir á ver una cosa fenomenal—dijo—y calmando con un gesto la ansiedad de su oyente:—Acaban de pescar en Marsella—añadió—una sardina cuya cabeza descansa en las alamedas de Meillan, el cuerpo se extiende por la Cannebière y la cola llega hasta la mitad del puerto.

Con lo cual y seguro del éxito de su embuste, corrió á emboscarse en unas malezas del camino.

No había transcurrido una hora cuando ya vió pasar á la víctima de su engaño,



Carnaval, dibujo original de J. Triadó

acompañado de su mujer; ambos se dirigían á Marsella ansiosos de contemplar fenómeno tan increíble.

—¡La cosa cuaja!—murmuró para su sayo el del escondite, frotándose las manos con satisfacción.

A los pocos momentos, diez ó doce personajes de distinción, atravesaban la carretera haciéndose lenguas del espectáculo á que iban á asistir.

—Nada; que se lo han creído—repetía en sus adentros nuestro hombre.

Al cabo de un rato ya era una romería de curiosos, lo que puso á Martigue un si es no es pensativo.

No tardó mucho en ver aparecer al municipio con el alcalde al frente, y no pudiendo entonces reprimir su emoción:

—¿A dónde bueno?—inquirió saliendo de su gazapera.

—¿Pues á dónde—le contestaron—sino á hacer testigos á nuestros ojos de la sardina más colosal que mares han producido.

Y siguieron adelante.

—¿Es posible tanto candor?—mascullaba nuestro héroe, queriendo reirse, aunque en realidad poniéndose más grave á cada aparición de aquellos grupos.

Así estaba plantado en mitad de la calzada, cuando divisó al clero parroquial que, con manga y cruz alzada, venía hacia él.

—¿A la sardina?—dijo mal disimulando el temor que embargaba sus facultads.

—Sí—adujo el vicario;—tal vez sea caso de exorcismo..... Al quedarse solo, Martigue respiró con fuerza como adoptando una resolución; y echando una mirada al pueblo para convencerse de que nadie quedaba en él:

—A Marsella tú también—exclamó;—porque..... ¡Qué diantre!

¡PUEDE QUE SEA VERDAD!!!

ENRIQUE GASPAR.

Cantares populares

Por las estrellas del Norte
se rigen los marineros,
yo me rijo por tus ojos
que son dos claros luceros.

—
Salí al patio de la cárcel,
miré al cielo y dí un suspiro:
—¡Dónde está mi libertad
que tan joven la he perdido!

—
Dame la manita, iremos
al sitio donde lloraste,
y los dos recogeremos
lágrimas que derramaste.

—
Ya se van los quintos, madre,
ya se van los buenos mozos,
y por eso las muchachas
tienen los ojos llorosos.

—
Aquel que me diga á mí
que te olvidó, prenda mía,
aquel será mi contrario
en el resto de mi vida.

—
Esta mañanita, cuando
salió el sol por el Oriente,
me echastes una cadena
con los rizos de tu frente.

Ayer contemplé dos cosas
que formaban gran contraste,
una rondalla á tu puerta,
y el sepulcro de tu amante.

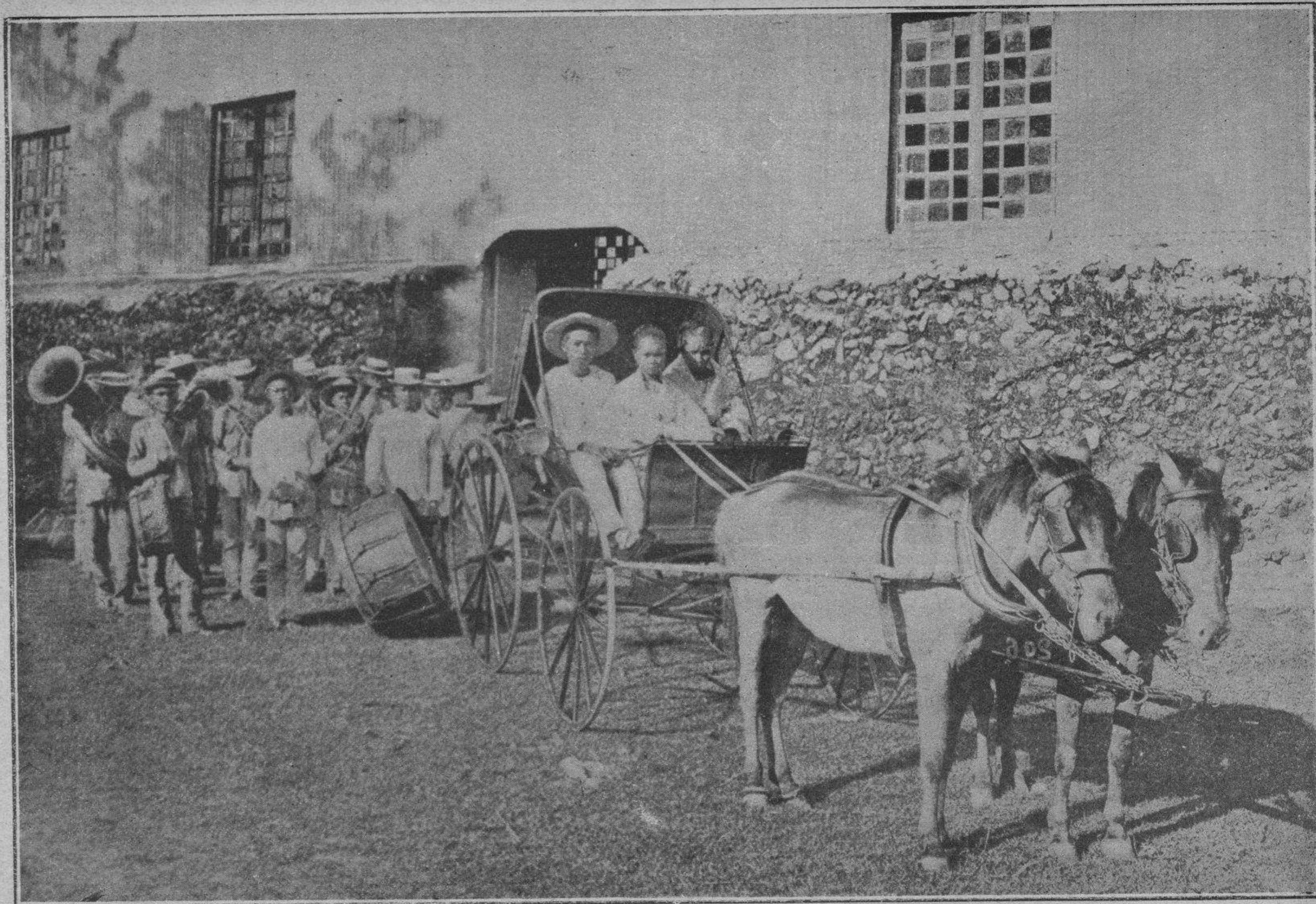
—
Ni el sol, ni cuarenta soles,
ni la luna y las estrellas,
me pueden quitar á mí
el que te quiera, morena.

—
Nadie se acerca á la fuente
que el rudo tiempo secó,
de que estoy solo en el mundo
¡qué solo en el mundo estoy!...

—
Cuando quise no quisiste,
y ahora que quieres no quiero.
gozarás del amor triste
como yo gocé primero.

—
El rey moro perdió ayer
toda la flor de Turquía,
que yo me pierda por tí,
nada importa, vida mía.

—
Los pajaritos y yo
nos levantamos á un tiempo,
ellos á cantar el alba,
yo á llorar mi sentimiento.



FILIPINAS. — Una boda

El fin de aquél

Donde dice *aquél* puede leerse *el cerdo*; pero en obsequio á la moral empleo el *pseudónimo*.

¡Pobres víctimas!

Pertenecé cada cual á una familia de la sociedad, pero todos á la misma familia animal. Padres, madres, hermanos, tíos, primos, amantes y amigos, grandes y chicos, todos perecen en la misma época del año.

Epoca triste, de luto y horror. ¡Y hay quien dice que existe una sociedad protectora, con ramificaciones en el extranjero!

MAZEROLLE



La Pesca

¡Y no levanta una protesta contra esa hecatombe anual de seres inofensivos.

Las personas sensibles que hayan presenciado esas escenas de horrible matanza y de sangriento recreo, ¿tienen conciencia?

—Mire usted, caballero,—exclamaba un socio protector,—yo no soy cochino, por lo menos á sabiendas y conscientemente, pero en algunas ocasiones hubiera deseado serlo.

—¿Para qué?—le pregunté.

—Para concluir con algunos verdugos voluntarios. ¡Es afrentosa para la humanidad esa Saint-Barthelemy anual!

La terrible matanza se ejecuta en los corrales de las casas, ó en el campo.

Algunos infelices sucumben oficialmente en masa ó en pelotones, en los mataderos autorizados por el gobierno de los hombres.

En los pueblos los alcaldes suelen ser los primeros asesinos.

¿A qué primera autoridad municipal bien acomodada falta una víctima?

¿En casa de qué alcalde rural, generalmente hablando, porque habrá tal vez excepciones, no se encuentra un cerdo?

¡Qué es ver á cada jefe de familia ó de pelotón, arremangadas las de la camisa, cuchillo en mano y rodeado por todos los individuos de la casa, grandes y pequeños, dirigirse al patio ó al corral, en una palabra, al lugar destinado para la ejecución, donde espera la inocente y grasienta víctima, rebozando su lomo en el fango con la tranquilidad del justo no aseado!

¡Qué es ver los preparativos para el crimen, dispuestos á ciencia y paciencia del alcalde, del juez de primera instancia, del municipal, y del jefe del puesto de la guardia civil!

¡Qué es ver á las mozas así como á las ancianas, dispuestas á teñir sus manos en la sangre de la víctima, para elaborar las morcillas con que han de regalarse durante algunos meses!

¡Ellas, los seres sensibles recreándose en el espectáculo del crimen y asistiendo, tal vez con la sonrisa en los labios, á las agonías de un pobre animal tan gordo y repugnante como inofensivo y sustancioso!

¡Ellas, ocupadas más tarde en tostar la piel del difunto, en las llamas del hogar, después de bañarla en agua hirviente!

¡Baño cruel! ¡Sarcasmo infame! ¡Después de asesinar al infeliz, sienten repugnancia por afeitarle en seco!

El jefe de la familia, ó por delegación de éste, el heredero inmediato, ó el *testamentario*, avanza cuchillo en mano hasta el lecho donde gruñe, duerme y sueña, ó se rasca, la víctima.

La leña chisporrotea en el hogar; el viento zumbando penetra á través del tubo de la chimenea, y parece murmurar algunas notas de la marcha fúnebre de Chopin, ó de cualquiera otra marcha.

Los perros de la casa y aun los convecinos, pugnan por asistir al cruel sacrificio.

Las muchachas y los muchachos bailan de gusto.

¡Qué humanidad tan perversa!

Hoy como ayer, y mañana como hoy, ve y verá siempre hasta con fruición, la muerte de un sér cuyo único delito es el de haber engordado sin vergüenza.

Extended la penalidad á cuantos *animales* de reconocida inutilidad engordan, no se sabe cómo, ¿y qué será de la sociedad? Es decir: ¿qué será de algunos *socios*?

¡Cuánta alegría en los semblantes!

¡Cuánta impaciencia en los espíritus!

Llega el instante fiero y el ejecutor de la matanza ata pies y manos de la víctima, para que no oponga resistencia.

La familia del asesino y los amigos invitados á devorar los primeros restos *propiciatorios*, le rodean y fijan sus miradas en el que va á morir, ó contribuyen á la previa operación de la ligadura.

El sér que dentro de pocos segundos dejará de ser, murmura una especie de peteneras tristes, muy tristes y muy sentidas.

Luego... el cuchillo penetra en la garganta de la víctima, cortando en ella la última nota.

Un momento después, la sangre de la víctima brota de la ancha herida y llena una artesa colocada al efecto.

—¡Qué hermoso!—murmura una anciana que ya ha presenciado más de cuarenta ejecuciones semejantes,—pero era mayor el que matamos cuando yo me casé con el difunto.

Esto parece una barbaridad, y lo es en efecto; porque nadie se casa con un difunto y porque la buena mujer parece que alude á otro cochino ya finado.

—¿Con quién?—pregunta el nieto de la anciana.

—Con tu abuelo, hombre.

—Entonces todo era mejor,—replica irónicamente la sub-nuera.

—Todo viene á menos,—continúa la vieja,—los cochinos y las personas, mal comparados y mejorando los presentes.

—Muchas gracias, abuela.

Si las personas sensibles oyeran los chistes fúnebres y las crueles sátiras que se ocurren á los asistentes á esas matanzas, se indignarían con razón.

MAZEROLLE



La Caza

¡Cuántos crímenes de esa clase cometen los pueblos!

En esa época del año, en los alrededores de San Andrés, la sed de sangre se apodera del país.

El vecino que puede ejecutar á mayor número de cochinos, se considera más afortunado. Y sin embargo, la vindicta pública no protesta contra tantos asesinatos.

Como dirán los lobos en su idioma:

«Un hombre no muerde á otro.»

Nosotros somos los que imponemos las leyes que inventamos, no sólo á los demás animales, sino á otros hombres.

Porque entre nosotros mismos hay quien manda y hay quien debe obedecer y quien obedece.

Es decir: hay quien cobra y quien paga, hasta el pato.

Si pensáramos en que todos esos perniles sueltos tuvieron un día relación entre sí; reflexionando que en esos embutidos se encierran los despojos del que fué apreciable cerdo y, en algunos casos, de otro animal desconocido; si todo esto tuviéramos en cuenta, ¿cómo habríamos de regalarnos en esos manjares que representan crueles asesinatos?

El hombre es el rey de lo creado, dice el egoísmo.

Y para patentizar nuestra soberanía sobre los otros animales, los esclavizamos ó nos los comemos.

Es verdad que también nos devoramos los hombres, unos á otros.

E. DE PALACIO



TIPOS ESPAÑOLES. — De Triana

LOS SPORTS, por Xaudaró



Por la mañana



Por la tarde



Por la noche



Explicación de los grabados

RECUERDOS DE SITGES. — Existe en Barcelona un fuerte núcleo de artistas llamados *modernistas*, que si otra cosa no tuvieran en favor suyo, serían dignos de aplauso y de emulación por el noble entusiasmo que sienten por el arte, y la titánica lucha que sostienen contra la opinión de los que por varias razones tratan de ridiculizarlos y anonadarlos.

No quiero discutir el mayor ó menor fundamento de sus ideas artísticas, de sus gustos, de su estética original, de su manera de ser y de sentir y hasta su modo de hacer, porque esto requiere mayor espacio del que dispongo y honda y seria meditación. Si esto hiciera, tal vez probara que la vehemencia de sus opiniones, exaltada por la oposición y por la exageración natural que traen consigo todas las ideas nuevas, les han arrastrado demasiado lejos y les han llevado á radicalismos de fanático muy perjudiciales. No obstante, también creo que estas exageraciones son fatalmente necesarias en toda clase de revoluciones, como lo prueba la historia de todas las épocas y de todos los países. Todas las ideas políticas, todas las ideas religiosas, todos los sistemas científicos y todas las escuelas artísticas y literarias han tenido sus mártires y sus fanáticos, y han luchado á brazo partido con las corrientes retrógradas de su época. Después del período de exaltación ha venido el período de reflexión. Los apóstoles de la nueva idea, asustados de sí mismos, se han detenido en su carrera, y los retrógrados han avanzado hacia ellos insensiblemente. Entonces ha hablado la razón serena, y una especie de eclecticismo progresivo ha venido á constituir el estado normal.

Yo no soy partidario del modernismo tal como lo entienden muchos de sus adeptos de Barcelona; pero tampoco creo que sea cosa baladí y digna de mofa. Creo, por el contrario, que merece el estudio serio de los críticos é inteligentes, y que por lo menos se le debe respetar como á una de las más nobles manifestaciones del espíritu humano.

Dos clases de enemigos tiene el modernismo. Los que sin vocación para el arte, sin talento y engañados por las apariencias de anarquía contra el precepticismo y las *reglas* han creído cosa fácil tomar por asalto el templo de la gloria. Estos, con sus locuras, con su ignorancia, con sus descabelladas producciones y su irrespetuosa profanación de cosas sagradas, han desacreditado la verdadera escuela modernista. Estos son como el populacho de las revueltas políticas, que desacredita las doctrinas de sus jefes con robos, y asesinatos, y violencias criminales.

Los otros enemigos son aquellos siempre dispuestos contra todo lo nuevo, los que sin profundizar las cosas, porque no saben, ridiculizan todo lo que no comprenden, y pretenden matar con un chiste las más dignas aspiraciones. Espíritus pobres y mezquinos empuñados y parapetados tras cuatro preceptos rancios mal digeridos; inteligencias romas que quieren sujetar el pensamiento á reglas fijas é inmutables; eruditos con alas de avestruz que desprecian el vuelo del águila.

Pero veo que me extiendo demasiado en consideraciones peligrosas y voy al asunto de este artículo.

Todos mis lectores tienen ya noticia de la fiesta

modernista verificada en Sitges con motivo del estreno de *La Fada*, ópera del maestro Morera, verdadero genio artístico y de un talento y una ilustración nada comunes.

Se escogió la villa de Sitges para estrenar allí la ópera catalana, porque hace tiempo que el apóstol del modernismo, Santiago Rusiñol, la ha convertido en pintoresco centro artístico, visitado con frecuencia por eminencias de todos los países. Se escogió también Sitges para huir de la atmósfera viciada de Barcelona y buscar un campo neutral bajo el cielo poético de la hermosa villa vecina.

Lo más selecto y escogido de cuantas personas ilustradas y amantes del arte encierra Barcelona, acudió al llamamiento. Esto sólo fué un verdadero triunfo.

Ni una palabra diré del estreno, porque ha pasado ya de oportunidad, y toda la prensa se ha ocupado de él, aunque con el apasionamiento que era de esperar.

También han publicado algunos periódicos el hermoso y sentido discurso de Santiago Rusiñol, leído para inaugurar el acto.

Pensábamos nosotros dar en LA SAETA una acabada información gráfica de tan brillante y transcendental fiesta, y para ello nos trasladamos á Sitges dispuestos á sacar fotografías é instantáneas de todo lo más notable. La inconcebible aglomeración de gente y la premura del tiempo entorpecieron nuestro trabajo, y las lluvias de los días siguientes impidieron el desarrollo de las placas y el trabajo del grabador. No obstante, hemos aprovechado algo y lo ofrecemos en este número á nuestros lectores.

Conste, para satisfacción de los maliciosos, que no nos honramos con la amistad de Morera, ni del insigne Rusiñol, ni del autor del libro, Sr. Massó, ni pertenecemos al grupo de modernistas, ni comulgamos en sus ideas.

Nos atrae, sí, su amor entusiástico por el arte, su romanticismo, su poético enamoramiento de la naturaleza, su fe y su abnegación.

Hasta el presente Barcelona fué siempre la capital laboriosa, industrial, menestrala; digna de encomio y respeto, pero prosaica. Desde que los modernistas constituyeron su núcleo artístico hay aquí actividad intelectual y se vive y se respira otra poesía en el ambiente.

Los heridos de poesía y los devotos de la belleza, como diría Rusiñol, ¿no debemos estarles agradecidos?

UNA BODA. — Es una boda de aldeanos, *sementeros*, *manúguma* ó *buquidnon*, como las llaman allá, que siguiendo y conservando aún con amor, con cariño y exquisita exactitud estos usos y costumbres primitivas, veneran así recuerdos de las pasadas civilizaciones malacias.

Después de la bendición, saliendo de la iglesia parroquial, montan ora en una elegante calesa, ora en elegante carrabela, los recién desposados con la madrina. Tras la carrabela, una numerosa banda de músicos tocando aires populares, y una multitud de acompañantes y convidados.

Dice el refrán: *el casado, casa quiere*; y nunca ha



DUPUIS. — El collar roto

tenido tan riguroso cumplimiento como en Filipinas.

Antes del *casorio*, se le exige al prometido por los padres de la novia, que construya una casa de *tablas* ó de *nipa*, á medida de su fortuna.

La llegada de los desposados á la casa, determina un ceremonial originalísimo.

Al pie de la escalera, impaciente y conturbada, espera á la recién casada la madre del esposo, la que después de abrazarla y besarla con efusión, la conduce de la mano al umbral de la puerta, desde donde la *manugcagun* (casamentera), pronuncia un difuso discurso felicitando al nuevo matrimonio. La novia le alarga una onza en agradecimiento y por el *feliz éxito en el desempeño de su cometido*.

En seguida se verifica por ambas madres de los desposados la entrega de *las llaves*, símbolo de autoridad y de buen gobierno del hogar doméstico y de haber entrado en funciones en el nuevo estado que acaba de tomar.

Terminado este acto, viene el *convirado*, *panabad* ó *catapusan*, ó banquete, dicho en castellano.

Este, sólo es comparable con el de la célebre boda de Camacho.

En ese día los padres de los desposados y los padrinos tiran la casa por la ventana. Todos los ahorros del año se invierten en gastos fastuosos.

Generalmente estas *comilonas* y *jaleos* suelen durar de tres días á una semana. Durante ellos, se matan y se consumen tres ó cuatro bueyes y terneras, cuatro ó cinco *carabaos*, varios cerdos, muchos *lechones*, infinidad de gallinas y otras aves de corral.

En vez del espumoso champagne, del exquisito

Jerez y la alegre manzanilla, abunde el *tubá* y el *pangasí*.

Tubá es una bebida extraída del cocotero, y *pangasí* es una cerveza del país, hecha del arroz puesto en fermentación.

Con estas bebidas, muy gustosas al paladar, muerden las alegres pero inofensivas borracheras.

Cantatas y bailes populares como el *balitao*, el *cundiman*, *cumintang*, *lolay*, *sinulung* y *cusa bayayi*, dan animación á la fiesta y gratísima diversión á la concurrencia.

La guitarra, la bandurria y el arpa, alternan en sus *tocatas* con la banda.

En el festín todo el mundo come y bebe á su placer, aun sin ser convidado.

La mesa permanece todo el día puesta, y en ella se suceden los manjares, entre los que no falta nunca la *sabrosa* piña, la exquisita *manga* (si es época), la variedad de plátanos, y, sobre todo, la succulenta *ensalada de cogollos de palasav* y de coco con sus naranjas y *granadinos*.

Sin esta ensalada, según opinión de las gentes, la comida no resulta de buen gusto.

Cuando hay una boda no se enciende el fogón ni se cocina en las casas de los vecinos del *uma* ó aldea.

Los preliminares de una boda en Filipinas, entiéndase entre los aldeanos y pueblos del interior, son muy curiosos y dignos de estudio.

Tienen un carácter peculiar, eminentemente malayo y casi de origen budhista ó bíblico.

Ya tendremos ocasión de describírselos á nuestros lectores.

Sombras

Gloria, ambición, amores,
Yo en el altar de la esperanza mía
Culto de adoración fiel ós rendía;
Allí regó mi juventud sus flores
Allí mi corazón, mi fantasía
Soñaron con un mundo de esplendores.
Huyeron ¡ay! huyeron;
Y quedó mi horizonte solitario...
¿Quién volverá la lumbre á los que ardieron,
Como soles, de mi alma en el santuario?
Mis cándidas y dulces ilusiones
Murieron, cual los sonos
Del cisne amante que cantando espira;
Como muere la efímera hermosura
De la flor en la cálida llanura
Bajo el ala del viento que suspira.
Y ahora ¿quién se levanta en el oscuro
Reposo del pasado desvarío?
Como al poder de lúgubre conjuro
Sombras siento vagar en torno mío...
Y ni un rayo de luz para mis ojos!
Ni un poço de calor para mi alma!
¿Qué son estos despojos,

Que así me cercan con siniestra calma?
Bien os conozco ya: sois las memorias
De cuanto amó mi corazón ardiente;
Sois las mentidas glorias
Que fatigaron mi abrasada mente;
Sois las reliquias yertas
De todas las venturas que en un día
Vió la esperanza mía
En el erial del desengaño muertas!
Espectros del pasado,
¿Qué me queréis? Recuerdos punzadores,
En vano en mi redor se alza enlutado
Ese tropel de sombras con que el hado
Acrece, aumenta, exalta sus rigores.
Como el bajel perdido
En los revueltos mares,
Así se hundió en la tumba del olvido
La historia funeral de mis pesares.
Recuerdos ¡apartad! Quiero la vía,
Donde la planta nuevo,
Solitaria, vacía...
Como la noche que en alma llevo!

JACINTO GUTIÉRREZ COLL.



Carlos Durand

Célebre pintor francés contemporáneo, nacido en Lila el 4 de Julio de 1837. Su verdadero nombre es Carlos Augusto Emilio Durand. Después de haber recibido las lecciones de Souchon, director de la Escuela Municipal de dibujo de Lila, marchó á París, donde continuó sus estudios artísticos en medio de crueles privaciones. Por concurso obtuvo la pensión fundada por su compatriota Wicar; partió para Italia, y allí residió largo tiempo.

En Roma pintó *La plegaria de la tarde*, expuesta en el Salón de París (1865) y *El asesinato*, dramático episodio de la campaña romana, presentado (1866) en dicho Salón, con el retrato de Regnard; el gobierno francés regaló al Museo de Lila estas dos composiciones. Durand residió cerca de un año en nuestro país, donde estudió, sobre todo, el genio y los procedimientos de Velázquez; su obra, *San Francisco de Asís* (1868), muestra la influencia de este estudio en el talento del artista francés. En los años siguientes llevó al Salón de París únicamente retratos, de los cuales algunos fueron reunidos (1874) en una sola exposición. Otros figuraron en la Exposición Universal de París de 1878. En el Salón del mismo año presentó el vasto techo destinado á una de las salas del Museo de Luxemburgo (*Gloria Mariæ Medicis*), que no obtuvo la acogida de sus obras precedentes. En cambio el retrato de Madame Vandal (1879) se cuenta entre las mejores obras de este artista, que ganó medallas en 1866, 1869, 1870, 1878 y 1879; la cruz de la Legión de Honor en 1872 y el título de oficial de la misma en 1878. De sus retratos merecen citarse los siguientes: Mademoiselle Croizette, Julio Claretie, Burthy, Falguiere, Vigeant, Haro, el doctor Billard, los hijos del autor, Emilio de Girardin, Gustavo Doré, etc. También se ha dado á conocer como escultor por dos bustos en bronce: *Madame C. Durand* (1873) y *El Pisano* (1874). En 1888 expuso un retrato de Alfonso Karr, soberbio original y de acentuada expresión característica.



Desde el número próximo colaborará semanalmente en LA SAETA, nuestro querido amigo el distinguido literato don Pedro Gay.

Con sus originales y geniales poesías alternaremos algunos de sus inimitables y chispeantes artículos.



Un abogado se presenta al tribunal como testigo. El presidente con acento paternal: Vamos, amigo mío, olvide usted por un momento su profesión y díganos la verdad.

—¿Usted siempre viajando?
—Siempre. Me gusta cambiar de... imbéciles.

—¿Cuál es el fin de la sabiduría? Saber creer. ¿Cuál es el origen de muchos errores? Creer saber.
L. Vidart.



Para los valientes el fusil no es más que el mango de la bayoneta.
Levis.

El amor, en su estado social, no tiene quizá de razonable sino su locura.
Rivarol.

Los juramentos son la falsa moneda con que se pagan los sacrificios del amor.
Ninon de Lenclos.

En la persona amada no se ven otros defectos que los que tiene uno mismo.
La Bruyère.

Tras de la poesía del amor viene la prosa del matrimonio.
A. Dumas.



Un sujeto pregunta á Gedeón qué numero es el de su casa, á lo que contesta el interpelado:
—Si quiere usted que le diga la verdad, no lo sé á punto fijo. Desde la calle veo sobre la puerta el número 6 y luego, desde el balcón, el número 9.



Preguntaron á Tiberio:
—¿Por qué conservaba tanto tiempo los mismos magistrados y oficiales?
—No me falta razón por ello, respondió. Todo empleado que se ha enriquecido con el saqueo del pueblo, como ha hecho su negocio, principia a pensar en el de su dueño, pero si le doy un sucesor, se querrá antes enriquecer, y lo padecerá el estado.



Preguntó un joven á Sócrates qué le parecía me-

jor: casarse ó quedar soltero. A lo que contestó el filósofo:

—Toma el partido que quieras entre estos dos extremos, y vive seguro de que te arrepentirás.

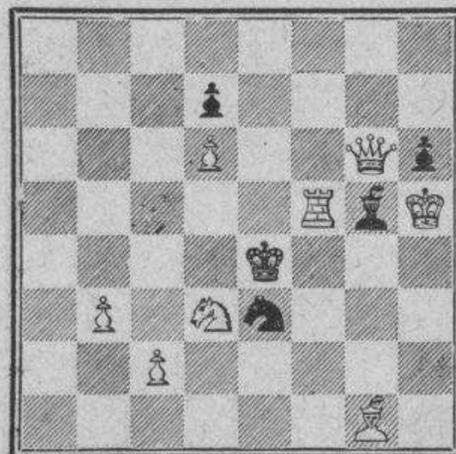
Más ganaríamos en dejarnos ver tales como somos, que en procurar parecer lo que no somos.

La Rochefoucauld.



Problema de ajedrez núm. 4, por P. RIERA (Barcelona)

Negras (5)



Blancas (8)

Las blancas juegan y dan mate en 2 jugadas

Solución del problema núm. 3.— 1 R X P —
A 1 R †; 2 R 5 C—T X C † ó A 7 D; 3 C ó D ††.

LA SAETA

Semanario ilustrado

DIRECTOR V. SUÁREZ CASAN * PROPIETARIO PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas
Año . . . 11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado